

1991: Un año de desconciertos

RAFAEL L. BARDAJÍ

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

1991 no fue el año benigno que muchos habían augurado apoyándose en el colapso del comunismo y el consiguiente triunfo de la ideología liberal. Bien al contrario, el año se abrió con la palpable evidencia de que el mundo todavía alberga gobernantes que no atienden a otra razón más que la fuerza. Saddam Hussein representó durante la segunda mitad de 1990 y 1991 la encarnación del líder que utiliza la fuerza como la prolongación de su política. Igualmente supuso para el mundo la necesidad de tener que recurrir al uso defensivo y legítimo de sus fuerzas armadas para acabar con la invasión de Kuwait y lo que ésta significaba para el orden mundial.

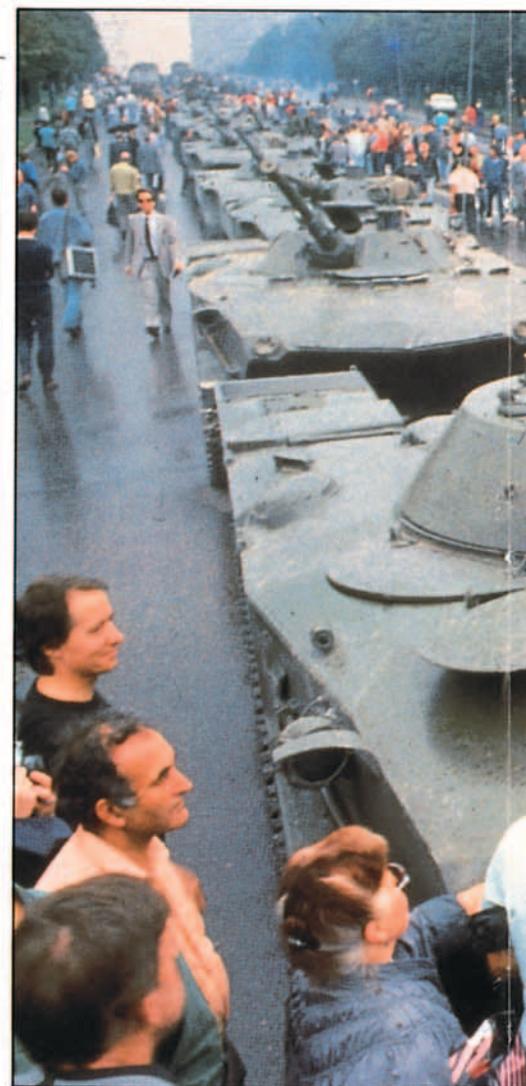
Por otra parte, el derrumbe político e institucional del sistema soviético no trajo automáticamente un mundo más tranquilo. En primer lugar, porque la desaparición de la URSS amenazaba con el descontrol de sus arsenales, nucleares y convencionales, multiplicando los factores de riesgo; en segundo lugar, porque la defunción del comunismo no se vio sucedida por una calma ideológica, sino por el reemerger de fuertes corrientes nacionalistas, tan perniciosas en la historia reciente europea, y que sacudían los cimientos del orden europeo nacido tras la Segunda Guerra Mundial. En su peor ejemplo, la guerra civil yugoslava, la violen-

cia se adueñó de la situación sin que se supiera o pudiera ponerle coto.

En verdad, al mismo tiempo se daban acontecimientos en principio positivos, tales eran los primeros pasos de la Conferencia de Paz para Oriente Medio, o los compromisos a los que los dirigentes europeos de la Comunidad llegaban en su cumbre de Maastricht. Sin embargo, 1991 no puede dejar la sensación de que el nuevo orden, si es que llega a nacer, esté exento de sacudidas y peligros. Todo lo contrario.

La guerra del Golfo: un triste final.

Cuando el 17 de enero se iniciaron los ataques aliados contra Irak, el obligado uso de la fuerza no fue una sorpresa para nadie. Durante los meses previos, Saddam Hussein había dado muestras suficientes en su empecinamiento político, cerrando, así, toda posibilidad de salida pacífica. Sorpresa sí fue el férreo control informativo al que se vio sometida la prensa en general durante las operaciones. Contra todo lo esperado (y a pesar de la movilización masiva de corresponsales), pocos, si es que alguno, tuvieron acceso en tiempo real al desarrollo de la campaña. Información parcial, desinformación, desconocimiento, contribuyeron al desconcierto público del cómo de la guerra que en algunos momentos llegó a poner



en entre dicho el por qué de la misma.

En cualquier caso, el desconcierto profundo vendría después, tras la orden del presidente Bush de que finalizase la campaña terrestre tras 100 horas de movimientos y combates. Desconcierto porque por un lado se proyectaban las imágenes espantosas de carreteras repletas de hierros y cuerpos achicharrados, pero por otro, a Saddam se le permitía quedarse con una buena parte de su material de guerra, carros de combate, helicópteros, piezas de artillería, etc. Además, si bien la guerra acabó brillantemente con la brutal anexión de Kuwait, la posterior parsimonia aliada no sólo dejaba a Saddam al frente de Bagdad, sino que le



Los carros en la calle, el 19 de agosto, cuando los colaboradores más directos de Gorbachov ejecutan un desesperado -y fallido- intento de golpe de Estado.

autorizaba a masacrar a sus súbditos shiíes del sur y a los kurdos en el norte. Probablemente una fuerte sensibilidad política ante poblaciones que no querían ver más sufrimiento en sus pantallas de televisión, junto con una pésima interpretación de realismo político (mejor mantener unido a Irak bajo Saddam que enfrentarse a la desmembración del país), llevó a los líderes occidentales a admitir que Irak seguiría gobernado tiránicamente por Saddam Hussein.

Un año después de la guerra, nadie confía en que Saddam piense de otra manera, o que no suponga un riesgo futuro si consigue los medios necesarios. Y todos saben de las brutalidades a las que somete a gran parte de su población, especialmente los kurdos, a pesar de que haya reconstruido sus estatuas y murales en las calles de Bagdad. Es verdad que cada día que pasa su fortaleza se debilita un poco más y que el invierno del 92 será su gran prueba. Pero mientras siga ejerciendo de "carnicero de Bagdad", la guerra, en gran medida, seguirá inconclusa.

El rompecabezas nacional.

La superación de la división de Europa, el final de la guerra fría,

en suma, el final del orden de postguerra, suponía la modificación profunda de los sistemas políticos de corte soviético. Nadie dudaba de ello. Que la muerte de ese orden de postguerra requiriera, igualmente, la revisión de fronteras era ya algo a lo que pocos, salvo los directamente interesados, se mostraban gustosos de aceptar. El primer ejemplo de esto se vió con motivo de las declaraciones de independencia promulgadas por los países bálticos a comienzos de 1990, a las que nadie en la comunidad occidental hizo caso, abandonando a su suerte a esos países frente al todopoderoso centro moscovita.

Posiblemente dos temores se aunasen para no querer reconocer algo que era imparable. Por un lado, el deseo de sostener a Gorbachov al frente de la URSS. En la medida en que Gorbachov es ya insostenible y que la URSS no existe, las repúblicas que así lo desean comienzan a obtener el reconocimiento de la comunidad internacional sin mayores problemas. El segundo temor residía en el ejemplo que un pronto reconocimiento podía ofrecer a otros pueblos para afirmar su identidad nacional.

No se trataban de temores infundados, pero el juicio de que con el retraso en admitir los problemas nacionales se lograría controlar mejor la situación es, a la luz de los acontecimientos actuales, un sonado fracaso. Por una lado está la violenta realidad yugoslava; por otro, la posibilidad de que acabe pasando en Rusia lo que le ha pasado a la URSS. Igualmente, no en pocos países occidentales con serios problemas internos, el temor a que se desatase en su propio suelo la fiebre nacionalista era un factor presente en sus consideraciones. El caso más evidente y desconcertante es el de Yugoslavia, donde por preservar la imagen de

unidad, no se supo poner coto a las ambiciones serbias y donde las divisiones internas europeas impiden cualquier acción eficaz que ponga fin a la guerra que allí se desarrolla.

La desaparición de la URSS.

No obstante, el fenómeno nacionalista más espectacular por su relevancia y por sus consecuencias, es el desarrollado en el seno de la URSS. O de lo que era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Rusia, con la revolución de octubre, dio paso a un sistema socialista de corte soviético. Tras 74 años de existencia, el 8 de diciembre de 1991 la URSS dejaba de existir ante la imposibilidad de que el poder central encarnado por Mijail Gorbachov diera respuesta a los problemas políticos, económicos, nacionales y sociales de la URSS. La aceleración de la descomposición nacional comenzó a principio de 1991, cuando Moscú intentara recurrir a la fuerza para someter a los estados bálticos, decididos a abandonar la Unión. Aunque no cobraría la vertiginosidad que hoy conocemos hasta mediados de año, cuando en agosto, los colaboradores más directos del líder soviético, tras diversas vacilaciones ejecutaran un desesperado —y fallido— intento de golpe de Estado.

De ese momento, lo que expertos venían anunciando desde hacía meses, la muerte política de Gorbachov, parecía ser ya realidad. De hecho, el 8 de diciembre, la Federación Rusa, Ucrania y Bielorusia firmaron un tratado por el que se crea la Comunidad de Estados Independientes (CEI), único foco de relativa estabilidad en lo que hasta ahora fue la URSS. Rusia, así, se muestra menos como el poder hegemónico, ya que negocia con los otros dos, a los que, de alguna manera, tranquiliza; Ucrania no

asusta al mundo, convirtiéndose de la noche a la mañana en la tercera o cuarta potencia mundial, poseedora de unos 200 misiles nucleares estratégicos; y los tres, intentan garantizar, aunque precariamente, el control de las fuerzas armadas en su conjunto.

El problema esencial estriba en el control del armamento nuclear. Dos son los temores aventados por los occidentales: por un lado, la proliferación de pequeños estados con capacidades estratégicas, al hallarse el arsenal soviético repartido entre cuatro repúblicas que, todas ellas se consideran ahora independientes; por otro, el riesgo potencial de que el armamento nuclear táctico, en manos de los mandos de las unidades mayores, pudieran sustraerse al canal oficial de las autorizaciones de uso, por cualquiera de los posibles e imaginables motivos, siendo empleados en una acción dentro de la misma URSS.

La solución, por el momento pasa por las garantías que voluntariamente otorgan los líderes de las repúblicas nuclearizadas. Y esencialmente en las promesas que líderes capaces de aunar las fuerzas centrífugas, como Boris Yeltsin, puedan dar. Si las fuerzas armadas se hacen fieles a tal tipo de mando central, el arsenal estratégico seguirá tan seguro como antes.

Una gran duda reside, no obstante, en repúblicas no “blancas”, como Kazajstan, que a comienzos de diciembre ya estuvo oficialmente representada en la cumbre islámica celebrada en Dakar, y cuya independencia formal se preveía para antes de finales de año. ¿Se prestarán sus autoridades a prescindir del armamento nuclear allí instalado? ¿Cuáles son los intereses de otras potencias, como Irán, principal valedor de Kazajstan en el mundo árabe, en el juego de la proliferación nuclear?

El psicodrama atlántico.

Desde la caída del muro de Berlín, el mapa estratégico en Europa, y también en el mundo, ya no es lo que era. La OTAN perdía su enemigo y con él, gran parte de su razón de ser. Al menos, de sus doctrinas y estructura de fuerza. La respuesta aliada a los cambios experimentados en el Este ha sido prudente. En cumbres, como la de Londres de 1990, se reconocía la nueva situación y se encargaban estudios para la adaptación del compromiso aliado a las nuevas circunstancias. El resultado fue la cumbre de Roma, los días 8 y 9 de noviembre, al máximo nivel atlántico, jefes de Estado y de gobierno, en el que se sentaron las nuevas directrices aliadas: cooperación y no confrontación: disminución de la capacidad nuclear hasta, prácticamente, un nivel de disuasión existencial; reducción del esfuerzo militar convencional. Igualmente, atención especial hacia zonas fuera de zona y el Mediterráneo. Y, en consecuencia, necesidad de contar con ejércitos más flexibles y móviles, de posible intervención rápida.

Sin embargo, la cumbre de Roma no puede ser más que provisional. Por varias razones. Por un lado porque la mayoría de los países miembros de la OTAN siguen avanzando en la explotación de eso que se ha llamado los “dividendos de la paz”, recortando sus gastos de defensa de una forma descoordinada, y el compromiso colectivo tendrá que hacerse con aquello que quede a mediados de los 90, sea lo que fuere, pero sobre todo, porque la OTAN estaba preparada eficazmente para hacer frente a una agresión racional. Sin embargo, los riesgos a los que hoy comienza a enfrentarse no responden a ninguna lógica de disuasión más negociación (los dos pilares fijados desde el informe Harmel a finales de los 60), responden a

sentimientos y fuerzas de difícil control, como son las de los nacionalismos. Véase el caso de Yugoslavia; o el de la URSS; o el de Irak.

Para perdurar con la misma eficacia que hasta ahora, la OTAN debe dar respuestas imaginativas a los asuntos de hoy y del mañana. Tal y como ha hecho siempre. Los pasos para garantizar el nivel de consultas políticas están ya dados. Ahora queda saber qué tipo de estructuras militares se necesitan, con qué niveles de fuerzas, para qué y en dónde tiene sentido su empleo. Aunque no estaría de más que los líderes occidentales piensen también que papel puede jugar la Organización en situaciones de grave riesgo en las que nadie es un atacante.

La persistente idea de Europa.

La idea de una Europa unida no es nueva. En términos modernos puede remontarse a los años 20, cuando Coudenhove Kalergi lanza su movimiento "Paneuropa". En términos institucionales, los acercamientos europeos tienen lugar espectacularmente en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En 1948, un año después de la firma entre Francia e Inglaterra del Tratado de Dunkerque, se firma el pacto de Bruselas, reconvertido a mediados de los años 50 en la UEO que conocemos.

Pero es más, será en el terreno económico donde más pasos se den. En 1951, a iniciativa de Robert Schuman, se creará la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, CECA, primer experimento de la cooperación sectorial que acabará expandiéndose en 1957 al mercado común y al Euratom, la Comunidad Europea en la que vivimos. La reciente cumbre comunitaria de Maastricht ha puesto de relieve cómo, a pesar de todas las diferencias, los europeos avanzan hacia su

unidad, hacia la Unión Europea, una vinculación más estrecha que la meramente comercial y económica, una unión que se dotará de una única moneda, que contará con un banco único, una única política fiscal, y, más a largo plazo, unas políticas comunes de exteriores y de seguridad.

1991 puede considerarse el año de la UEO. Sus logros durante la crisis del Golfo le han valido para que ahora, los miembros comunitarios, la consideren oficialmente su brazo armado. Sin embargo a la UEO todavía le faltan las competencias militares que la hagan una auténtica alianza militar. Durante el Golfo su papel fue más bien el de coordinadora de las diferentes acciones nacionales de sus miembros. Y la falta de acuerdo entre ellos la ha dejado al margen del conflicto en Yugoslavia. En cualquier caso, es asumido que Europa debe contar con un ejército europeo si quiere contar en el mundo como una potencia más. Ahí queda la propuesta franco-alemana de expandir su brigada mixta hasta el nivel de un cuerpo de ejército y servir, así, de embrión de esas fuerzas europeas integradas.

No obstante, el europeísmo no es un camino de rosas. A nivel económico, las decisiones nacionales siguen siendo determinantes; en el terreno de la seguridad, el temor a que la revitalización completa de la UEO pueda poner en peligro la vinculación atlántica en el seno de la OTAN, vuelve el tema en un fantasma que recorre los cuarteles aliados. Se vio durante la cumbre atlántica de Roma, donde el tema candelero fue el ejército europeo.

¿1991 o 1919?

La guerra fría la han enterrado definitivamente los Yeltsin, Langerdis y Kruchav de la ex-URSS. Y el mundo debe adaptarse a la nueva situación. Los cambios no son algo desconocido en la vieja

Europa. Ahora, el rumbo a donde nos llevan los que estamos pasando es todavía incierto. Sus resultados aún más. Por un lado, y aparentemente, el mundo occidental vive un empuje hacia su integración, aún cuando signos de lo contrario también abundan; por otro, en el Este, el fenómeno parece ser el contrario, la desaparición de las entidades políticas en favor de un número de actores nuevos. Incluso el trazado de nuevas fronteras.

¿Podrán resistir los países de la CE el embite de esos nacionalismos? Hasta ahora, la CE representaba a Europa, y podría haberlo seguido haciendo aún tras la dessatelización de los países centroeuropeos. Es más que dudoso que lo pueda hacer tras, por poner un ejemplo, la constitución de una Ucrania independiente. ¿Cómo van a afectar a las relaciones entre Estados estas nuevas naciones? ¿Qué esperan los occidentales de países como Eslovenia y Croacia? ¿Esferas de influencia?

Es más, mientras que Francia entra en una especie de letargo, el Reino Unido sigue sospechando de la aventura continental, y el resto de países navegan como pueden, Alemania, la nueva Alemania unida, se alza como la gran potencia hegemónica en el continente. Que esto se acepte es inevitable; que se acepte voluntariamente dependerá de la propia actitud alemana, hasta ahora irreprochable. ¿Pero y dentro de 15 años?

La única salida a una progresiva renacionalización de la política europea es el fortalecimiento de las organizaciones y estructuras comunes. 1992 verá, sin duda, que en cuanto al mercado único, no hay mayores problemas, pero 1991 ha puesto de relieve que en la esfera política los europeos, incluso los más próximos, se encuentran, aún, demasiado lejos. ■